

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

De Política y Cosas Peores

Armando Camorra

“Mi mujer es muy fría en el acto del amor”. Eso le contó don Carmelino a su compadre Pitorreal. Dijo éste: “Igual era mi esposa, pero descubrí que cantándole al oído la romanza italiana ‘Mattinata’ entra de inmediato en ardimiento, tanto que me brindaba inéditos placeres y deliquios nunca antes conocidos”. Esa misma noche don Carmelino puso en práctica la idea. Apagó la luz y empezó a musitarle en la oreja a su mujer: “L’aurora di bianco vestita.”. Lo interrumpió la señora: “El compadre la canta mejor”. El paciente del doctor Duerf le dijo al célebre analista: “Gracias por haberme curado mi problema de doble personalidad, doctor. Ahora nos sentimos mucho mejor”. En el departamento de Babalucas la hermosa chica le pidió con acento arrebatado: “¡Quiero que me hagas sentir mujer!”. “Cómo no -respondió el pavitonto-. ¿Me planchas esta camisa?”. Uno de los hobbies preferidos de mi familia han sido siempre los rompecabezas, entretenimiento para el cual hay que tener vista de águila y paciencia de benedictino. Los armaron mis padres, los armé yo con mi esposa y mis hijos y los arman ahora nuestros nietos. Mi querido tío Refugio se levantaba de la mesa apenas terminada la comida. “Me perdonan -se disculpaba-. Tengo mucho trabajo”. Y se iba a seguir haciendo el rompecabezas que había comenzado. En las paredes de nuestra cabaña cuelgan algunos de esos rompecabezas. Hay unos que representan las cuatro estaciones del año; otro muestra a una niña de 3 ó 4 años en un granero, rodeada de pollitos y viendo con mirada de interrogación un huevo de gallina. El único que no he podido colgar es uno de mil 500 piezas que armé yo solo, sin ayuda de nadie, una reproducción de la Maja Desnuda de Goya. Muchos de nuestros rompecabezas los compramos en Walmart, de Port Isabel, cuando todavía

iba yo a la Isla del Padre antes de que rara no pisar suelo americano mientras esté en la Casa Blanca ese patán llamado Trump, presidente de los Estados Unidos y a veces también de México. Todo esto viene a cuento por el pago que hizo esa cadena de excelentes tiendas del adeudo que tenía con el fisco mexicano. Desde luego la cantidad pagada por ese coloso comercial equivale a quitarle un pelo a un buey, como dice la expresión popular, pero eso no amengua el reconocimiento a Walmart por mostrar respeto a las leyes mexicanas. Igual aplauso merece el Presidente López Obrador, pues hasta donde se advierte ha suprimido las condonaciones o reducciones de impuestos, antiguo uso que daba lugar a toda suerte de transas y corrupciones. En medio del rompecabezas que es la vida pública del país en este régimen, he ahí una buena noticia que no debe pasar inadvertida. Don Hamponio, el narco de la esquina, llevó a su esposa a cenar en “El Taco T”, restorán de ambiente mexicano. Un mariachi se acercó a la mesa y le dijo a la señora: “¡Nos permite tocarle ‘La rondalla’?”. Don Hamponio se puso en pie, violento, y le dijo al del toloche: “¡Ustedes que le tocan eso y yo que los mando al otro mundo!”. (Nota: Quién sabe qué pensaría ese señor al oír lo de la rondalla. El mariachi se refería a la bella canción llamada así: “La rondalla”, obra del inspirado compositor aguascalentense Alfonso Esparza Oteo, autor también de “Albur de amor”, “Te he de querer”, “Estrellita marinera”, “Dime que sí”, “Pajarillo barranqueño”, “No vuelvo a amar” y otras bellas composiciones de nuestra música popular). Don Jorrino le comentó, desolado, a su mujer: “El doctor me dijo que soy estéril de nacimiento”. “Bueno -replicó ella-. Al menos alcanzaste a tener ocho hijos antes de que te diagnosticaran el problema”. FIN.

Jaque Mate

Sergio Sarmiento

Recorte y servicios

“No recuerdo el artículo de la Constitución que le dio al Congreso el poder de gastar el dinero de los contribuyentes en objetos de benevolencia”.

James Madison

El correo en México es tardado, pero hasta ahora ha sido bastante seguro. La mayor parte de las cartas o paquetes llegan a su destino, por lo menos los registrados, aunque tarden tres a cuatro semanas para alcanzar incluso las ciudades más importantes del país. La situación, sin embargo, se está deteriorando: por eso está aumentando el uso de servicios privados de paquetería, aunque sean mucho más caros.

Hace unos días una microempresaria fue a una oficina de correos en la Ciudad de México para mandar un paquete registrado. La máquina que imprime los sellos para el registro estaba descompuesta. La empleada se disculpó y explicó que, cuando el equipo se descompone, los trabajadores tienen que pagar la reparación de sus bolsillos. Procedió, pues, a anotar a mano en el sobre los datos del registro.

No es esta la única oficina de gobierno en que se manifiestan las afectaciones de los recortes presupuestarios. Muchos servicios se han venido deteriorando de manera gradual pero notable. Trámites que antes se tomaban días, hoy requieren semanas o incluso meses. La explicación siempre es la misma: los recortes.

Las cosas se van a poner todavía peor. Con la excusa de la pandemia, que le ha caído como anillo al dedo al gobierno, la Secretaría de Hacienda ha ordenado un recorte de 75 por ciento en los gastos de materiales, suministros y servicios generales de todas las dependencias gubernamentales. Si ya antes los empleados de correos tenían que pagar de su bolsillo las reparaciones del equipo, podemos imaginar lo que ocurrirá a partir de ahora.

Hay razones muy válidas para exigir austeridad al gobierno. El presupuesto de egresos de la federación para 2020 considera un gasto de 6.9 billones de pesos, o sea, 48 mil pesos por cada hombre, mujer y niños de este país. Los ciudadanos ciertamente no recibimos servicios por ese monto.

Pero cabe preguntarse si es sensato ordenar un recorte parejo de 75 por ciento en

todas las dependencias y que además no toque un solo puesto sindicalizado. La medida afectará, sin duda, muchos de los servicios que los contribuyentes recibimos del gobierno.

No olvidemos que la razón original por la que pagamos impuestos es obtener servicios del gobierno. De preferencia, los servicios gubernamentales deben ser aquellos que las empresas o las personas privadas no pueden otorgar. El caso más relevante es la seguridad: el Estado debe tener el monopolio del uso de la fuerza. Un gobierno, sin embargo, puede ofrecer también servicios públicos como el de correos.

Quizá sea correcto que una parte de lo que se paga en impuestos se utilice para subsidiar a los más necesitados a través de programas sociales, pero es importante que este uso de los recursos públicos no canibalice los servicios que el Estado tiene obligación de proporcionar.

Hoy es un buen momento para revisar el gasto público. Sin duda se puede recortar mucho, más que suficiente para dejar recursos que financien programas sociales sensatos y eficaces sin subir impuestos. Lo que no podemos hacer es recortar el gasto público con un machete, ordenando algo tan drástico como una reducción de 75 por ciento en todas las dependencias, sin determinar si la decisión está despojando a los ciudadanos del derecho a recibir servicios públicos a cambio de las contribuciones que por ley deben pagar.

CIDE

Una víctima de los recortes es el CIDE, el Centro de Investigación y Docencia Económicas, una de las instituciones de educación e investigación más respetadas de nuestro país. Al parecer el gobierno piensa que las instituciones de excelencia son fifis y deben ser asfixiadas, mientras que usa recursos para crear nuevas escuelas sin criterios de calidad.

Twitter: @SergioSarmiento

Lo que viene...

Gabriel Guerra Castellanos

No por ser ave de mal agüero, queridos lectores, pero en estas próximas semanas vendrá la parte más dura de esta peculiar pandemia que nos mantiene paralizados, pasmados. Si atendemos a los expertos y observamos lo sucedido en otros países, la tendencia de contagios y muertes por COVID-19 aumentará significativamente, dificultando de paso cualquier intento por reabrir la economía y “regresar” (como si tal cosa fuera posible) a la “normalidad” (como si tal cosa hubiese alguna vez existido).

No debería sorprendernos, al menos no si estuviésemos haciendo la tarea que con frecuencia les recomiendo: ver con atención lo que sucede en el resto del mundo, leer, ver, escuchar noticias con fuentes múltiples, variadas y de diversos lugares, abrir la mirada y la mente, pues.

La curva de expansión de este novedoso y maligno virus se ha dado simultáneamente de manera impredecible y relativamente fácil de explicar y entender. Distintas condiciones socioeconómicas y educativas, culturales y de respeto a la ley e instituciones son buenos indicadores, por ejemplo. Hábitos sociales, familiares y laborales también lo son. Medidas preventivas y remediales tomadas (o no) por los gobiernos evidentemente forman parte de la ecuación.

Ninguno de esos factores es, por sí mismo, determinante, lo es la conjunción de ellos y de otros adicionales, como la geografía. Me explico con un par de ejemplos:

En un país altamente gregario, con enorme movilidad social y laboral, hábitos familiares y laborales que propician viajes frecuentes y a largas distancias, regulaciones comparativamente laxas, un sistema político y de gobierno altamente descentralizado y federalizado, un sistema de salud público y privado en crisis que lo mismo combina la excelencia con la miseria, y una tradición de desconfianza a la autoridad intrusiva, el tamaño y las dimensiones de la expansión y consecuente letalidad serán muy altos. Me refiero en este caso a los Estados Unidos de América.

En el otro polo, una nación altamente ordenada, con una cultura casi obsesiva de res-

peto a la ley y las normas sociales, familias nucleares muy pequeñas, instituciones centrales y regionales fuertes, un sistema de salud de avanzada y recursos presupuestales virtualmente ilimitados, los resultados serán muy diferentes, obviamente para bien. Menos contagios y, sobre todo, mucha menor letalidad. Es el caso, obviamente, de Alemania y unos pocos países europeos, como Austria.

Tendremos otros, como China, en que la rigidez de un sistema autoritario y casi policia-co hace relativamente sencillo tomar medidas de contención o limitación de la movilidad que en países más libres o democráticos serían impensables. Eso facilita el aislamiento ya no digamos de personas, sino de ciudades y regiones enteras. Otro extremo el de la India, donde las órdenes de volver a casa lanzaron a millones y millones de trabajadores migrantes a las calles y los caminos, imposibilitados a quedarse y a regresar por el toque de queda.

De México hemos, nosotros y otros, hablado mucho. Para no ser repetitivos, digamos que una reacción lenta y reacia del gobierno al inicio fue corregida después, con los costos del retraso y los mensajes confusos. Mucha información, tal vez demasiada, se ha prestado a confusiones y distorsiones, muchas de ellas deliberadas. Y de nuestra cultura de falta de respeto a la ley, a las normas y al más elemental sentido común, ni qué decir: somos campeones de los pretextos y de echarle la culpa a alguien más de nuestras irresponsabilidades.

Pero esto apenas inicia, al menos en esta, la más compleja y dolorosa de las etapas hasta ahora. Así que hay que prepararnos, en lo individual, en lo familiar, en lo colectivo. Es la hora de hacer lo que a cada quien le corresponde sin detenerse a ver si los demás están o no cumpliendo con sus obligaciones. Es tiempo de ser responsables y asumir nuestra parte. Vendrán los tiempos de rendir cuentas, para gobernantes, para políticos, para líderes sociales y empresariales, para vecinos y familiares y amigos.

Pero por lo pronto, ante lo que viene, más vale dejar de preocuparse y comenzar a ocuparse.

Twitter: @gabrielguerrac

Por una política económica sin adjetivos

Francisco Suárez Dávila

Las grandes crisis económicas han propiciado agudos debates entre escuelas de pensamiento y modelos de política económica. Los adversarios usan tantas distorsiones, exageraciones y falacias que las etiquetas pierden sentido y solo desorientan. En Estados Unidos, las corrientes socialdemócratas, “progresistas” de Sanders y Warren, los nobel de Economía, Krugman y Stiglitz, para algunos americanos son “comunistas”, como consideraron en su momento al propio Roosevelt. Después de la Gran Recesión de 2008 los “progresistas” pronunciaron la defunción del neoliberalismo. Esta palabra carece ahora de significado. El presidente López Obrador, como caso extremo, la ha convertido en grotesca caricatura de todo lo malo, pero lo practica.

Al evaluar las políticas económicas debemos olvidarnos de los adjetivos deformadores y hablar solo de buenas políticas o de políticas equivocadas. Esto se mide por congruencia entre medios y fines, sobre todo por resultados. Deben adecuarse a las nuevas circunstancias y resolver los problemas generados por anteriores etapas.

La historia enseña. La Gran Depresión de 1929 sirvió para sepultar las políticas equivocadas de Hoover de “finanzas sanas” equilibradas, que en México aplicó el secretario de Hacienda de Calles, Montes de Oca, profundizando la Recesión. Ello llevó al triunfo al presidente Roosevelt, que introdujo el New Deal con políticas contracíclicas e importantes reformas, que permitieron recuperación. En México, Calles tuvo el talento para rectificar y sustituyó a Montes de Oca por Pani. Luego viene el presidente Cárdenas que impulsa una verdadera transformación, la 3T, introduciendo grandes reformas sociales, como la reforma agraria. Su secretario de Hacienda, Suárez, aplica políticas anticíclicas para superar la Depresión y la nueva Recesión de 1937, financiándose con sobregiros en el Banco de México. Posteriormente inicia la política desarrollista, que nos daría 40 años de crecimiento al 6%, sustentada en un amplio programa de obras públicas, iniciando

la industrialización, apoyada en nuevos bancos de desarrollo: Bancomext, Crédito Ejidal y Nafinsa, como la Finance Reconstruction Corporation de Roosevelt.

Como entonces, el mundo avanza hacia nuevas políticas contra la Gran Depresión Pandémica, con políticas monetarias heterodoxas, un nuevo papel para los Bancos Centrales, fiscalmente expansionistas, sustentadas en deuda, con políticas sociales innovadoras, como la renta básica.

En México, la nueva política económica del Presidente, plasmada en su reciente “Encíclica Moral”, es bien intencionada, pero equivocada y anacrónica: obcecado en finanzas públicas equilibradas, contraccionistas, “austerocratas”, sin apoyarse en deuda, la de menor impulso fiscal entre los grandes países; política social de poco monto, fragmentada (siembra de árboles), con inversión pública a la baja, salvo sus insustentables proyectos que desvían recursos útiles para otros fines. Ha antagonizado la inversión privada nacional y ahora la extranjera, cancelando ilegalmente la inversión en energías limpias baratas frente al combustóleo contaminante, que nos desprestigia internacionalmente. ¡Así no habrá inversión! Los resultados son catastróficos: prepandemia, con crecimiento “0” y 5 trimestres de crecimiento negativo. El 2º de 2020 puede ser de -15%, el anual de -10%, como en la Gran Depresión. 2 millones de desempleados y no sé cuántas Mipymes quebradas. Puede aumentar la pobreza en 10 millones. No hay mecanismos eficaces de protección social. Se desperdicia la oportunidad de introducir de manera temporal grandes nuevas políticas, como el seguro de desempleo o la renta básica.

Hay que subrayar que el Presidente tendría la oportunidad, si entendiera la realidad en la que vive y no su propia deformación, de pasar a la historia, como Calles, que supo corregir a tiempo y sus ejemplos transformadores: Cárdenas y Roosevelt, con cuyos enfoques hay muy poca coincidencia. Más bien su “política económica ya sin adjetivos” puede pasar como la más fracasada de nuestra historia desde 1929, con resultados similares. ¡De sabios rectificar!